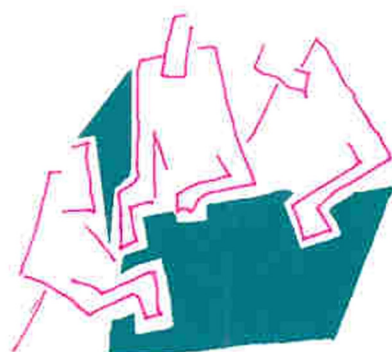


Claudia Vélez de la Calle,
Antonio Arellano, Alberto Martínez
(Coords.)

Universidad y verdad



PRÓLOGO

UNIVERSIDAD Y VERDAD

Alberto Martínez Claudia Vélez de la Calle

UNIVERSIDAD Y VERDAD tiene un origen. Forma parte de la serie «Repensar la Educación desde la Actualidad», dentro de la colección «Autores, Textos y Temas» de Anthropos Editorial, por afinidad y convicción. Proyecto editorial que nace en el seno de las conversaciones entre varios académicos de la educación, latinoamericanos y españoles que se interrogan por las mismas preguntas.

Antonio Arellano, Fernando Bárcena, Joan-Carles Mèlich conversan entre ellos sobre el devenir de la humanidad y el papel que la educación contemporánea puede ejercer. Es así como al calor de un café en cualquiera de los lugares de encuentro de Barcelona aparece un fantasma y un deseo: recordar a la humanidad la infamia que se cometió en Auschwitz para que se intente no repetir la crueldad y la sevicia que puso en cuestión el mito del altruismo y la nobleza de la condición humana. Mito que se había edificado con base en el romanticismo y el naturalismo roussoniano pero que día a día se desploma en la constatación de infamias como la mencionada y para evitar su repetición, hay que formar al ser humano de otro modo; de un modo que lo impacte la historia de la crueldad sin acudir a hacer una apología de la humillación y el dolor.

En el primer texto de esta serie, Fernando Bárcena explica por qué es necesario renunciar al deseo de ejercer la crueldad de unos sobre otros y las implicaciones que tiene en la historia de una especie, la memoria y el olvido. Joan-Carles Mèlich recoge este conmovedor escrito y en *La ausencia del testimonio* nos muestra el significado del silencio de la víctima y la forma como el relato ausente tiene repercusiones contundentes en la construcción de una ética para el reconocimiento y la conservación de

la alteridad. Principio e imperativo de una convivencia humana posible de patrocinar y sostener.

UNIVERSIDAD Y VERDAD no se aparta del tejido de fondo de estos dos dignos antecesores. La crueldad de Auschwitz se ha instalado de diferentes maneras en el alma humana y se repite incesante en las fechas de calendario, y en diversos escenarios. Es así como la formación que se pretende superior, la universitaria, la estrictamente académica, no ha logrado erradicar del alma humana esa sombra oscura del suplicio sufrido o infringido a otro.

¿Qué pasa con la universidad? ¿La aprensión del saber hace a los seres humanos mejores?, ¿los mitos que rondan la superioridad del conocimiento, la ciencia y la tecnología han sido reconstruidos o se siguen reverenciando en una apología de la homogenización y entronización de la razón absoluta?

Presentar el sentido de una tarea como ésta, es indagar por la fuerza que la configuró y la habita. Esta mirada que dota de sentido el libro compilado de varios autores sobre la universidad y su mirada autorreflexiva en tiempos de cambio y turbulencia, permite o logra reconocer que la universidad, igual que todas las instituciones clásicas y modernas, portan un síntoma y una semiología, que no siempre se hace evidente y en consecuencia su acto cotidiano, repetitivo e institucional empieza a «parecen» un acto naturalizado y por lo tanto inmodificable.

Nada más engañoso que esta imposición histórica, de la misma manera que sus postulados de buscar la «verdad» del saber, del conocimiento, mediante actos investigativos por medio de la razón, que la hacen proponer una imagen alucinada de una omnipotencia del pensamiento y del argumento que no le es suficiente a su esencia y especialmente a su legitimidad para la época contemporánea.

Ya lo decía Deleuze, la razón kantiana como juez y parte de sí misma es una paradoja que no puede resolverse y que exige de la construcción de un método que permita que la razón se juzgue a sí misma,¹ para comprender que existen razones de condicionamiento, en el acto de pensar. El ejercicio de la razón

¹ Guilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 1967

pura como el hecho de mayor veracidad absoluta y no de una génesis interna que sitúa a la razón como el juez omnipotente de la vida y el pensamiento humano, debe ser replanteado.

Es decir, es necesario indagar por la voluntad de poder que se expresa en la razón y de la misma forma, la voluntad de poder que se oculta en el hecho de una universidad racionalista que entrona «la argumentación» como el mayor mediador de vínculos sociales. Y agrega, argumentación académica que «pretende el uso de verdad». Nuevamente como si la verdad existiera y sólo hubiera que develarla por el acto de la disertación y no fuera ella en sí misma, otra construcción humana de la «razón» que no quiere ser engañada o no soporta el engaño.

Los excesos de la razón como los excesos de la verdad, han posicionado a la universidad en un modelo monodiscursivo y de pensamiento único que como «deber ser» ilustrado, aleja este escenario de sus contextos y de sus actores, llenos de contradicciones -ella sí- fantasiosas, emocionales, y de poder, develando que el discurso de la vida es lejano al discurso de la razón académica.

Estas dicotomías valorizadas, unas como pensamiento superior y otras como efectos inferiores ampararon falsas dicotomías que hoy siguen haciendo carrera en las discusiones universitarias como el de la *episteme* y la *doxa*; el argumento y el sentimiento; el mito y el *logos* sin interrogar el sofisma de una razón que no está construida desde afuera, sino que también está determinada en su facultad de entendimiento por la historicidad de los seres humanos y sus sistemas de pensamiento y de poder.

Querer la verdad a toda costa en un mundo donde la verdad absoluta se desploma, es un artificio que hay que repensar. Es pretender una denuncia de la apariencia, como si más allá de la apariencia, subsistiera una esencia virtual que se pudiera develar o por medio de una «argumentación eficiente» o «una metodología correcta» que la docencia y la investigación normalizada realizan sin interrogar la procedencia de sus discursos, de sus conceptos y hasta de sus posturas, como si el hecho de otorgar una autoridad académica a una fuente disciplinaria o a una fuente de poder administrativa fuera suficiente para develar «esa verdad» que todos insisten en poseer.

Dice Deleuze, «[...] hay que poner en duda el valor de la verdad ... » y con ello «desenmascarar el consenso de que los hom-

bres buscan la verdad» (*ibíd.*); los seres humanos raramente buscan la verdad en su comportamiento, buscan el poder, la voluntad de poder y la posibilidad de permanencia, por eso las preguntas hay que replantearlas: ¿qué busca la universidad cuando dice querer la verdad del saber a toda costa: la verdad espiritual de los hombres? ¿La formación virtuosa? ¿En qué mitos del conocimiento se apoya para fundar un supuesto de verdad supra-histórico y sobrenatural?

Aunque el mundo parezca estar afuera, las descripciones del mundo no lo están. Son construcciones humanas que se dejan moralizar y pueden mostrarnos una universidad del «deber ser» distinta a una universidad real. La pregunta subsecuente es: ¿sirve esa universidad real para el ser social que allí actúa y se configura en una época donde la incertidumbre y ahora sí, «la ignorancia» o «el deseo de ignorancia» se impone como práctica de un mundo manejado por los destinos que el consumo y las leyes del mercado internacionalizado quieren imponer?

El proyecto de saber de la modernidad basado en la universalidad, evidentemente muestra sus fisuras y la destitución de esta universalidad involucra directamente a la universidad, que no puede en, este marco seguir proponiendo una investigación total y verídica de la realidad; de la misma forma que la docencia no puede demostrar en su disertación el saber falso del saber verdadero. Es decir, lo que se ve allí, ya lo decía Giroux (1984) son narrativas que describen diversos universos de sentido que no pueden producir la unanimidad sino el diferendo, el desacuerdo generado por los distintos códigos, universales y particulares que allí se juegan.

El simulacro de la homogenización deja lugar al simulacro del aprendizaje institucionalizado único. Los docentes se juegan en escenas teatrales autoritarias, democráticas, risueñas, trágicas y en este juego de escenas frente al saber, la sociedad se reproduce, se queja, se padece a sí misma en unas representaciones de legitimidad y veracidad donde cada uno ocupa su lugar. El *homo academicus* ridiculiza al ser de la vida; y éste a su vez no logra concatenar sus acciones en el discurso académico, pero para obtener la titulación prometida, el sujeto acepta el silenciamiento y el ridículo de no pensar, mientras accede a esas palabras del discurso universitario, tipo amo -ya lo decía Lacan-, para poder ser reconocido.

Esta escena teatral es la que puede volverse una comedia, una parodia o un drama, si no se cambian los argumentos y el guión. O mejor dicho, si no se acepta que han cambiado sus formas y sus códigos y que el intercambio de producción de saber es posible pero bajo una convocatoria distinta: la de la incertidumbre del hombre y la del error del conocimiento. El mundo errado o engañoso es otra construcción que habrá que crear desde los espíritus imaginativos que lo habitan y que siempre están dispuestos a producir otros discursos, otra «alucinación».

Este ejercicio de sospechar, indagar, incursionar por las respuestas de lo que hay y de lo que pudiera cambiarse en la universidad, es una de las tareas que quedan para que no se suprima el diferendo en el pensamiento académico y en el trabajo universitario. Valga la reiteración, para que no se repita Auschwitz, o el Zaire, o la India o la migración forzada que día a día se da en los diferentes países del mundo, gracias a la xenofobia que se nos ha instalado como enfermedad permanente en el corazón y en las mentalidades de los seres humanos.

¿Pero por qué empezar por las universidades, este examen le «con-ciencia», acudiendo a esta metáfora? Porque en las universidades se perfiló como ideal la civilización humana, en cuanto a su capacidad de pensamiento, de sindéresis, de altruismo racional que Occidente, durante muchos siglos proclamó como bandera de su pulcritud y excelencia. Empero los resultados no arrojan las conclusiones que se esperaban.

Ni el saber hace mejor al ser humano, ni en estos recintos circula el conocimiento, como la pregunta siempre curiosa y obstinada por el no-saber. El alma del *universitas* quedó atrapada en un espejo narcisista del conocimiento acumulado y tiempo atrás, sublime, ignorando un poco que la explicación no respalda ni sustituye la legitimidad de los hechos sociales.

Es en este sentido, que el libro se presenta como una continuidad y una ruptura, pero sobre todo como una iniciación al debate ya obligado sobre el estado de la universidad y sus modelos: el napoleónico, el americano y el latinoamericano y las discursividades y prácticas que los rondan. Dicho de otra forma, es posible que entre las categorías que se han ido consolidando como mentalidades haya escisiones. Que la universidad culta de Ortega y Gasset, y la investigativa de corte alemán y la del desa-

rollismo norteamericano, no sea más que una alianza para mantener un estatus de poder en el conocimiento pero no necesariamente una mejoría de la leyenda humana sobre el planeta.

Ya lo decía Joan-Carles Mèlich en su prólogo, la pretensión de unicidad de un discurso, de un conocimiento, de un saber, de un tipo de cultura no puede más que generar la muerte de otros estilos diversos e inclasificables de pensamiento, comportamiento y producción de saber.

Pero el alma y la mente educadas en la uniformidad no ven más que esquemas. Valoran, aprueban y reprueban sobre el dato y olvida que en el relato, y en la narrativa hay otros testimonios del mundo que también son posibles. Igual que con la poesía sucede con el saber emergente: irrumpen otras formas, estilos y colores que no caben en el esquema y que sin embargo reclaman su posibilidad de existencia.

América Latina como parte del conjunto de los otros países bautizados taxonómicamente como del «tercer mundo», se ha visto abocada por resistencias culturales y fenómenos de existencia complejos y diversos, a acudir a la multiplicidad de miradas como otra fuente de saber. Allí la violencia simbólica, heredada por la imposición de privilegios del conocimiento científico y académico, la ha golpeado fuertemente dejándola muchas veces, como dice el pensador colombiano Darío Botero, víctima de la bastardía de su propia producción y pensamiento.

Los cánones son inflexibles, como lo es la decisión de eliminar a muchos seres que no se parecen a otros. Auschwitz no está solamente en los campos de concentración alemanes de la segunda guerra mundial. Auschwitz está presente en la forma fría y calculadora con la que se eliminan otras lógicas de pensamiento y ciencia o como se anula en los seres humanos la pregunta por la alteridad.

Mèlich insiste en hablar de una ética que reconstruya al otro como posibilidad de valor y encuentro. Los autores de estos artículos se plegan a esa visión y la amplían ofreciendo otra perspectiva, la de generar una epistemología de la alteridad en la construcción de un saber académico pluralista, narrativo, trashumante, nómada como lo resaltan permanentemente las autoras del escrito denominado como «universidad y verdad», investigación utópica pero necesaria, que pretende develar esos otros sentidos de la universidad como experiencia viva del dis-

curso y de los enunciados, que presenta la investigación, la docencia y la proyección social o extensión como una tríada que no puede escindirse y sin embargo lo hace. Este intento irreverente por mostrar «el lado oculto de la razón» ensaya relaciones del discurso azarosas y explora en los mitos fundantes del conocimiento en Occidente, nostalgias que han perdido vigencia entre la pretendida diferencia «*mito-lagos*» o «*doxa-episteme*». Ana Isabel Aranzazu, Diana Jaramillo, Libia Elena Ramírez y Claudia Vélez, estudiantes, investigadoras y funcionarias de la Fundación Universitaria Luis Amigó de Medellín de Colombia, se encuentran como grupo de investigación en construcción, vinculadas a una misma pregunta: ¿cuál es la verdad de la universidad y qué verdad enseña la universidad?

Pregunta que puede quedar sin respuestas definitivas, pero que por lo menos no serán tan silentes como aquellas que olvidan los exterminios de razas, pensamientos y mitos a nombre de la superioridad de un grupo sobre otro o de cualquier cruz -Oriente y Occidente-, como recién sucede en el escenario mundial. El escrito que refleja las tensiones de la investigación parte del supuesto de que no existe una unidad discursiva en las prácticas de la universidad contemporánea y que su carta de presentación social sigue siendo el modelo de las finalidades morales, acudiendo a las soberanías de las disciplinas, como pretexto para formar sujetos aparentemente libres, bondadosos y solidarios a pesar de la contrariedad de sus efectos.

Adicionalmente se analizan los diferentes tipos de discurso que allí circulan, resaltando que mientras el discurso educativo sigue circulando en la oralidad y la escritura en la linealidad gramatical, el público de estudiantes -jóvenes- se mueve entre metalenguajes, imágenes e hipertextos. Igualmente la óptica de las relaciones entre universidad y sujetos señala como la primera produce subjetividades <<institucionalizadas» negando las que fluyen por la influencia de los agenciamientos contemporáneos.

El Grupo GRECO (Educación-Comunicación), de la Universidad de Los Andes en Venezuela, precursor de este proyecto editorial y coautor de este libro, se adhiere a este enfoque con un texto sobre «El saber y el espíritu de la época» en relación con la universidad, ratificando el cambio que ha habido en los paradigmas de corte explicativo y la necesidad de reconocer que esos cambios y tendencias en el conocimiento han ido ad-

quiriendo otra postura frente al saber, la investigación y la docencia, como ya es hábito en Antonio Arellano y María Eugenia de Arellano.

Partir de reconocer los tiempos de incertidumbre y turbulencia, es dar cuenta de la fragilidad que nos posee en la identificación y tramitación de un saber diverso y pluralista al que hay que bordear con criterios de amplitud y flexibilidad cultural. Lo ético como manifestación de mejoramiento de lo humano no puede perecer y transfiere a la época un sello particular y perenne.

Marco Raúl Mejía, en su capítulo «No existe universidad para el desarrollo humano sustentable» pone de relieve las crisis de masificación y legitimidad que viven las universidades contemporáneas y, contrasta sus faltas frente a un siglo XXI globalizado desde el análisis de una teoría del desarrollo y progreso, que es imprescindible empezar a erradicar de las misiones institucionales universitarias y las producciones de pensamiento positivista. En términos descriptivos el autor plantea el problema de la universidad, el del desarrollo humano y el de la extensión universitaria.

La crisis del espacio y el tiempo social cartesiano, una idea de progreso lineal, expansivo y de concentración de capitales que preconizaban un individuo pragmático, competidor e insular y una división entre el pensamiento y la comunidad son criticados en sus experiencias de extensión y confrontados con una experiencia distinta en Brasilia, diferente a las misiones que anuncia la mundialización de la economía y la cultura.

Roberto Salazar Ramos se arriesga, cruzando las fronteras formales de las discursividades en Educación Superior, y de la mano de Foucault, da cuenta de una arqueología de los conceptos empleados en ese estrato subyacente del enunciado de formas filosófico/jurídicas, siempre de corte moralizante en el modo como se jerarquizan saberes y profesiones al interior de las prácticas universitarias. Allí se pueden encontrar circularidades, linealidades; corporeidades o arquitecturas diseñadas por esa forma de contención social que las instituciones disciplinarias, como la universidad, han sabido ejercer sobre el pensamiento y sobre los sujetos que pretenden actuar alrededor del mismo.

El *homo academicus* está presente en los imaginarios de las

escenas universitarias como ser ilustrado e impoluto emocionalmente, que no se vincula con las problemáticas sociales, por competerle particularmente la tarea de recrear sempiternamente los conocimientos en un diletantismo intelectual circular. Así lo expone Gladys Adamson, psicóloga social y directora de la Escuela de Psicología Social de Quilmes, en Argentina, en su artículo, mostrando que hay profundidades subjetivas constituyéndose y reconstituyéndose en esta forma de posicionar los mitos académicos.

La autora profundiza en las categorías de campos, ámbitos y espacios sociales, haciéndose la pregunta: ¿qué lugar ocupa la universidad en el espacio social? Esta pregunta, que puede aparecer como inconclusa, se intenta responder desde precisiones como las de que la universidad forma parte de la concepción foucaultiana de dispositivo ubicando al estudiante como un sujeto que acepta demandas cognitivas -situándose él (ella)- como una entidad pasiva que se adapta con competencias como las de representar una memoria semántica de corto plazo y de orden reproductivo del discurso emitido por los docentes de turno.

Las tensiones detectadas en el campo de la experiencia y el discurso académico son variadas. La Universidad Católica del Uruguay escribe, a través de sus investigadores Adriana Aristimuño y Carlos Luján, sobre la identidad universitaria como una de las categorías que deben ser intervenidas para renovar la universidad en el contexto. Después de hacer un análisis de éste, los autores presentan un plan de desarrollo estratégico de la universidad, que ilustra la forma como están concibiendo el cambio de la misma.

Los aportes de la profesora Marlene Arteaga de Venezuela y el profesor Martínez en cuanto a la tarea pedagógica de la universidad, sus reformas y la crítica al modelo «liberal» de la misma, respectivamente, cierran el texto dando cuenta de un abanico amplio de pensamiento que si bien presenta sus especificidades, no se aleja de la conmoción que las transformaciones del pensamiento y de la condición social han desembocado en este escenario institucional de la educación denominada «superior».

Es la época en que España se enfrenta, como otros muchos países de Iberoamérica, a la llamada «Ley Orgánica de la Educación Superior». Normativa que intenta homogenizar la educación y las profesiones como un producto altamente especializa-

do, que puede producirse igualmente por el sistema de maquilas, buscando la excelencia de la calidad, no por el bienestar que genere, sino por la productividad que rinda. Este contexto, analizado ya por varios autores, es inevitable y exige un debate: ¿qué será de la universidad en los próximos decenios: una empresa productora de subjetividades-unidades-de trabajo? ¿Qué ética formativa imponen las leyes del mercado? ¿Cómo resistirse reflexivamente a ellas?

El debate está abierto y he ahí la importancia de que este libro se publique con la colaboración del Grupo GRECA de Venezuela, la Fundación Universitaria Luis Amigó de Colombia y la editorial española ANTHROPOS, pues es un esfuerzo intercultural por mostrar en escena, un pensamiento divergente y emergente a la vez ... un esfuerzo también de construcción y presentación de una representación social que quiere desplazarse desde la cultura universal a la cultura diferencial mostrando que el disenso hace parte de la fragmentación y parcialidad del saber, la verdad del conocimiento y la universidad como entidad compleja y desigual. Ojalá que sus textos seduzcan al pensamiento y a la ética que hay que construir para no diluirnos en los momentos de mayor presión hacia la uniformidad y ojalá, que los académicos acudan a su reto.

Bogotá, mayo de 2002